

TOMÁS FERNÁNDEZ

Director, acaba de finalizar el rodaje de su primera película, «La torre de Suso»

«Sientes un respeto brutal en tu primer largo, como llevar un barco a Nueva York sin hundirlo»

«La cinta habla de la pandilla de amigos que ya no saben por qué lo son y nació de mi exilio madrileño, cuando echaba de menos Asturias»

Oviedo, Chus NEIRA

Era un día de septiembre de 2003 y el asturiano Tomás Fernández decidió colgar cámara y guiones. Demasiados años en Madrid. «La ciudad, con el tiempo, a gente como a mí la acaba marchitando», explica ahora. Avisó a sus jefes, los amigos de la productora Qüiz TV que él mismo había ayudado a montar. Y a continuación llamó a su hada madrina, Lola Salvador: «Estoy harto de esto, Lola, me voy, vuelvo a Asturias». «Vale, haces bien en dejar la televisión, pero, ¿qué tienes por ahí?». Con un pie ya en Villalpando, viaje de vuelta, su maestra le ponía sobre la mesa la gran oportunidad. Mediapro quería largometrajes de gente nueva, le pedían un guión y querían que lo dirigiera.

—Rescaté una sinopsis que tenía en un folio polvoriento, escrita a mano, me quité de la cabeza cinco años de televisión y volví a escribir con toda la libertad, como debe hacerse. Olvidé todas esas reglas que había aprendido sobre el prototipo del guión rentable. Pensé, «sí les gusta, bien; si no, da igual». Y gustó.

—¿Qué elementos aparecieron en la sinopsis de un folio?

—La amistad, la pandilla de amigos que ya no saben por qué lo son, la acidez... En realidad nació de mi exilio madrileño, porque entonces echaba mucho de menos Asturias.

—Luego vuelve a Asturias, desbarrolla el guión. ¿Hubo que pactar mucho con Mediapro?

—En absoluto. Todo fue a la perfección. Lola era la productora ejecutiva y Javier Méndez el productor, que ahora es mi amigo. Así que, más que cortar las alas, lo que hicieron fue sumar.

—Javier Cámara, cuando en la película regresa de Argentina, ¿qué sucede entonces?

—Viene de un sitio lejano, en el tiempo y en el espacio. Han pasado diez años, pero a su regreso, para el entierro de un amigo muerto de sobredosis, todo sigue igual. Para su sorpresa, las cosas han quedado donde las dejó y los fantasmas del pasado le están esperando en Ranón. Nadie se ha olvidado de lo cabrón que fue y no le queda otra que solucionarlo.

—Guionista, cortometrajista y, de repente, le ponen un largo. ¿Pánico?

—Más que pánico, lo que sientes es respeto, un respeto brutal. Es como si te diesen un barco y te dijeran: «Toma, tienes que llevarlo hasta el puerto de Nueva York, sin hundirlo y sin que le pase nada a la tripulación». Adquieres una responsabilidad enorme, y no sólo es la de dónde colocar la cámara. Te das cuenta de que cualquier decisión tuya afecta a un equipo de cuarenta personas y tienes que lograr que estén bien, a gusto, que no sea una película



FERNANDO GELJO

Tomás Fernández, ante su torre, durante el rodaje de su primer largometraje.

más. Y, la verdad, fue espléndido porque lo logramos, en vez de «La torre de Suso» fue la torre de todos, y sólo tuve que dedicarme a pasarlo bien rodando.

—Confianza ciega en usted, la de Mediapro.

—¡Imagínate! Dejarle el dinero a alguien que, aunque con buen currículum, no había hecho nin-

gún largo. Lola fue la primera que insistió. En vez de productores malvados, yo sólo he encontrado amigos. Y a veces me sentía hasta mal, porque era como si yo fuera el niño mimado.

—¿Ha tenido hombres fuertes apoyándole en el rodaje?

—Lo bueno ha sido que en el equipo se juntaba gente muy

joven con veteranos. Tuvimos en la dirección de fotografía a Carlos Suárez, el hermano de Gonzalo Suárez. Con Carlos aprendes todos los días, y no sólo sobre cine. Imagínate lo que supone saber que estás trabajando con el tío que hizo «La vaquilla». Fue maravillosa la relación entre la gente veterana y los más jóvenes.

«La torre es lo que enfrenta a los personajes y sirve para ver las cosas desde arriba»

—«La torre de Suso» transcurre en Asturias, pero trasciende, ¿no?

—Sí, es una historia universal, porque habla de amistad, de problemas entre padres e hijos, novios y novias, amigos.

—Y no pidió a Javier Cámara ni a Gonzalo de Castro que pusieran acento de Las Cuenca.

—No, si hubieran podido vivir ocho años en Nembra... Porque para conseguir ese acento tienes que haberlo mamado. Además, cuando tienes actores tan buenos como estos y una historia universal, no necesitas más. Sólo hay que decirles que se dediquen a interpretar



FERNANDO GELJO

El director, con Javier Cámara.

y que no se preocupen, que Asturias ya sale en los castilletes.

—Tiene actores de lujo y también amigos.

—Sí, Javier Cámara es el mejor actor de su generación y de alguna otra. Fue la primera puerta a la que llamamos, y le gustó muchísimo. Luego llegó Malena Alterio o Gonza-

lo de Castro, rostros que ya había visto su cara cuando escribía el guión. Y siguieron Emilio Gutiérrez Caba, Mariana Cordero, César Vea, José Luis Alcobendas, Fanny Gautier... Si tuviera que repetir, la verdad es que repetiría con todos.

—¿Lo pasaron bien en las Cuenca?

—Hubo lágrimas para irse, porque nos trataron como a reyes. La plaza de Requejo era nuestra segunda casa, y Casa Flora, nuestro cuartel general. El Ayuntamiento de Mieres se volcó, nos puso alfombra roja allí donde íbamos. Y la asociación de entibadores nos hizo una torre que ni en mis mejores sueños.

—La torre, por cierto, ¿qué simboliza en esta película?

—Es lo que les obliga a enfrentarse a ellos mismos. Cuando se mete en un lfo, y el hacerla o no hacerla es lo que separa y lo que une a sus amigos.

—¿Para qué sirve esa torre?

—Como diría Suso, para ver las cosas desde arriba.

Perfil

Tomás Fernández

Tomás Fernández (Oviedo, 1971) empezó en lo de ponerse detrás de la cámara casi desde el cómic, con «La verdadera historia de Bill Bucker», su primer corto. Después vinieron «Es todo un poco absurdo, ¿no?», «Los huracanes, el surf y los sioux» y «El Pozo», todos desde la comedia, también esta «Torre de Suso». Porque así es como le sale y porque, explica, «me gustan los dramas en los que te puedes reír». Esta magnífica trayectoria sólo la mejora su carrera de guionista, donde tuvo la suerte de ser uno de los que levantó de la nada, moldeó y llevó a lo más alto a los personajes de «7 vidas». Pero Madrid no es lo suyo, «nunca será una opción». Y decidió quitarse la leyenda urbana y volver a Asturias, otra obsesión suya, para trabajar desde la periferia. Instalado en Parres (Llanes), ahora todavía le quedan unos meses en Madrid para montar la película. Pero la capital se lleva mejor desde una sala de montaje.

Carlos Alba, de gira por el País Vasco y Navarra con monólogos en asturiano

Avilés, S. FERNÁNDEZ

El actor avilesino Carlos Alba recorre esta semana el País Vasco y Navarra con su personaje más característico, Celler, el monologuista, el anciano sorprendido por el transcurrir del tiempo, por las novedades de la vida cotidiana, un cliente fiel de todos los chigres donde cuenta sus historias desubicadas en el tiempo y en el espacio. Una de ellas lleva por título «Alonsomanía».

Actuará hasta el próximo sábado en Etxebarri, Irún, Iurreta, Antzuola, Pamplona y Vergara. La gira ha sido posible gracias a la colaboración con la compañía «Oihulari Klown».

Junto a los monólogos de Celler, alguno de ellos ha sido representado en teatros como el Palacio Valdés de Avilés o el Prendes de Candás. Carlos Alba se lleva el espectáculo infantil, «La cajita de los chiquicuentos».

El próximo 2 de noviembre Carlos Alba estrenará, en la sala La Tertulia de Getafe, «El Pola», un nuevo personaje monologuista, una visión más joven de Celler.

La Seminci de Valladolid homenajea al director bilbaíno Pedro Olea

Valladolid

Actores, responsables de festivales cinematográficos y críticos de cine homenajearon ayer, dentro de los actos organizados con motivo de la Semana Internacional de Cine de Valladolid (Seminci), al director de cine bilbaíno Pedro Olea y coincidieron en calificarlo como «un hombre exigente en sus películas y coherente con su pensamiento, que dirige desde su particular mirada pero no obliga a mirar por ellas».

Durante la mesa redonda celebrada en su honor, en la que hubo muchas intervenciones y mucho discurso, Olea estuvo arropado por algunos de los actores que han trabajado con él, como José Sacristán, Concha Velasco o María Barranco, así como por el director de la Seminci, Juan Carlos Frugone; el ex director del Festival de Cine de San Sebastián, Diego Galán; el director de la Filmoteca Vasca, Peio Aldazabal; el guionista Juan Antonio Porto, y el autor del libro sobre el director, Alberto López Echevarrieta.